
MIGUEL ANTONIO VALENZUELA

04

DIPLOMACY PAPER



Arquitectura de Seguridad Euroatlántica

OTAN y Unión Europea ante las nuevas
amenazas estratégicas

12 de marzo de 2026

Seguridad colectiva y gobernanza multinivel

La seguridad euroatlántica no enfrenta hoy un vacío institucional, sino un problema de coordinación estratégica. En un entorno marcado por guerra en el continente, amenazas híbridas y competencia sistémica, la cuestión central no es qué organización debe actuar, sino cómo interactúan aquellas que ya existen. La relación entre la OTAN y la Unión Europea se ha convertido en el eje crítico de esa interacción.

La arquitectura contemporánea de seguridad se construye sobre una premisa fundamental: ninguna organización puede gestionar por sí sola el espectro completo de amenazas actuales. La defensa territorial, la resiliencia institucional, la ciberseguridad y la gestión civil de crisis operan en planos distintos pero interconectados.

En el espacio euroatlántico, la OTAN representa el núcleo clásico de la defensa colectiva militar. La Unión Europea, por su parte, ha evolucionado hacia un actor de seguridad integral, combinando instrumentos diplomáticos, regulatorios, económicos y civiles. Esta coexistencia genera una estructura de gobernanza multinivel que, en teoría, debería producir sinergias.

La práctica, sin embargo, revela tensiones persistentes.

Diferencia institucional y lógica funcional

La OTAN es una organización intergubernamental fundada sobre el principio de asistencia mutua y defensa colectiva. Su legitimidad y eficacia descansan en la disuasión militar y en la credibilidad de su compromiso operativo.

La Unión Europea, en contraste, es un proyecto de integración que ha ampliado progresivamente su alcance hacia la política exterior y de seguridad. Su aproximación es integral: combina gestión de crisis, sanciones, regulación tecnológica y fortalecimiento institucional.

Esta diferenciación funcional sugiere una división natural del trabajo: la OTAN como garante de la defensa de alta intensidad; la UE como actor capaz de intervenir en la prevención y estabilización. Sin embargo, la ausencia de una delimitación clara produce zonas grises operativas.

Solapamiento y ambivalencia estratégica

El fortalecimiento de la Política Común de Seguridad y Defensa tras el Tratado de Lisboa ha ampliado las capacidades europeas, pero no ha eliminado la dependencia estructural de capacidades aliadas para operaciones de alta intensidad. Esta realidad alimenta percepciones ambivalentes dentro de la Alianza: las capacidades europeas son necesarias para equilibrar responsabilidades, pero su desarrollo suscita inquietudes sobre duplicación institucional y dispersión de recursos estratégicos.

Desde la perspectiva europea, el desarrollo de instrumentos propios responde a una necesidad de autonomía operativa mínima en la gestión de crisis. La experiencia acumulada en misiones civiles, operaciones de estabilización y mecanismos de resiliencia institucional ha reforzado la idea de que la Unión Europea puede aportar valor añadido en ámbitos donde las capacidades militares tradicionales resultan insuficientes.

Sin embargo, el problema no radica en la existencia de capacidades paralelas, sino en la falta de integración operativa plena entre ambas organizaciones. Mientras la cooperación continúe dependiendo de arreglos ad hoc o de mecanismos informales, la arquitectura de seguridad seguirá funcionando de manera fragmentada, con zonas de solapamiento institucional y coordinación imperfecta.

En este contexto, el dilema subyacente no es técnico, sino político. Los Estados reconocen la necesidad de respuestas colectivas ante amenazas complejas, pero preservan el control nacional sobre decisiones estratégicas sensibles.

Amenazas híbridas y necesidad de convergencia

El entorno estratégico contemporáneo intensifica la interdependencia entre la OTAN y la Unión Europea. Las amenazas híbridas, los ciberataques, las campañas de desinformación y la instrumentalización de la energía operan en un espacio intermedio entre la guerra y la paz, donde la distinción clásica entre seguridad militar y seguridad política resulta cada vez menos clara.

En este escenario, los instrumentos militares por sí solos resultan insuficientes para responder a amenazas complejas y multidimensionales. La defensa territorial continúa siendo una función esencial de la OTAN, pero muchos de los vectores actuales de desestabilización afectan ámbitos como la infraestructura crítica, la gobernanza democrática o la resiliencia económica.

Aquí la complementariedad potencial entre ambas organizaciones se vuelve evidente. La OTAN aporta estructura de mando, planificación militar integrada y capacidad disuasoria frente a amenazas externas. La Unión Europea, por su parte, dispone de herramientas regulatorias, económicas y normativas capaces de reforzar la resiliencia estructural de los Estados miembros.

La fragmentación en este ámbito no solo genera ineficiencia institucional; genera vulnerabilidad estratégica. Cuando las respuestas a amenazas híbridas se desarrollan de manera descoordinada, los adversarios pueden explotar las brechas entre instrumentos civiles y militares. De ahí que la convergencia operativa entre la OTAN y la UE se haya convertido en una condición esencial para la seguridad euroatlántica.

Coordinación estratégica y equilibrio euroatlántico

La interacción entre la OTAN y la Unión Europea constituye un factor estructural del equilibrio euroatlántico. La credibilidad de la defensa colectiva depende tanto de la capacidad militar como de la coherencia institucional entre las organizaciones responsables de gestionar la seguridad regional.

La convergencia estratégica entre ambas entidades refuerza la estabilidad del sistema euroatlántico al combinar disuasión militar con instrumentos políticos, económicos y regulatorios. Esta interacción permite abordar el espectro completo de amenazas contemporáneas, desde la defensa territorial hasta la resiliencia institucional frente a presiones externas.

En segundo lugar, la consolidación de capacidades europeas no debe interpretarse como alternativa a la Alianza Atlántica, sino como refuerzo del componente europeo dentro de ella. Una Unión Europea capaz de contribuir de manera más efectiva a la seguridad regional fortalece el reparto de responsabilidades dentro del espacio transatlántico y contribuye a una mayor sostenibilidad estratégica.

Asimismo, la persistencia del dilema entre soberanía nacional y acción colectiva continúa condicionando la profundidad de la cooperación. Mientras los Estados prioricen la autonomía decisional en el ámbito militar sin desarrollar mecanismos claros de coordinación, la interacción entre ambas organizaciones seguirá siendo reactiva y dependiente de coyunturas específicas.

Hacia una convergencia operativa

La relación entre la OTAN y la Unión Europea no debe entenderse como un problema de coexistencia institucional, sino como un proceso de alineación estratégica progresiva. Ambas organizaciones operan en el mismo espacio geopolítico y enfrentan amenazas convergentes, pero lo hacen desde racionalidades institucionales distintas.

El deterioro del entorno de seguridad europeo ha hecho evidente que ninguna de las dos organizaciones puede actuar de manera plenamente eficaz de forma aislada. Las amenazas contemporáneas cruzan constantemente los límites entre seguridad militar, estabilidad política y resiliencia económica, obligando a una interacción más estrecha entre instrumentos civiles y militares.

En este sentido, la convergencia no implica fusión institucional ni pérdida de autonomía organizativa. Implica, más bien, claridad funcional, coordinación sostenida y reconocimiento de las ventajas comparativas de cada actor dentro de la arquitectura de seguridad euroatlántica.

En un sistema internacional donde la competencia estratégica se intensifica, la fortaleza del espacio euroatlántico dependerá menos del número de estructuras creadas y más de la coherencia con la que estas interactúan. La coordinación entre la OTAN y la Unión Europea se perfila así como uno de los pilares fundamentales para la estabilidad estratégica del siglo XXI.

La relación entre la OTAN y la Unión Europea refleja las tensiones inherentes a la gobernanza contemporánea de la seguridad internacional. Ambas organizaciones operan en un mismo espacio estratégico y comparten una base amplia de Estados miembros, pero responden a lógicas institucionales distintas que condicionan su interacción. Mientras la OTAN continúa siendo el principal instrumento de disuasión y defensa colectiva, la Unión Europea ha desarrollado progresivamente herramientas políticas, económicas y regulatorias que amplían el alcance de la seguridad más allá de la dimensión estrictamente militar.

En un entorno marcado por amenazas híbridas, competencia estratégica y creciente complejidad geopolítica, la eficacia de la arquitectura euroatlántica dependerá cada vez más de la capacidad de ambas organizaciones para coordinar sus instrumentos y clarificar su división funcional. Más que crear nuevas estructuras, el desafío consiste en fortalecer la coherencia estratégica entre capacidades existentes. Solo mediante una cooperación sostenida y una convergencia operativa real será posible responder con eficacia a los desafíos de seguridad que caracterizan el siglo XXI.

“La seguridad colectiva no se define por la acumulación de capacidades, sino por la capacidad de articularlas. Y en la arquitectura euroatlántica, la coordinación seguirá siendo el verdadero indicador de eficacia estratégica.”



Miguel Antonio Valenzuela

Licenciado en Relaciones Internacionales, *Magna Cum Laude*

Estratega en Seguridad y Defensa

Diplomado en Inteligencia y Contrainteligencia